

gobiernos y prensa de otros países tenían acerca de los que aquí estaba ocurriendo.

En el libro *Estados Unidos y la Transición española...*, Encarnación Lemus ha sabido abordar la actitud de la Administración de la primera potencia mundial ante una incierta alteración del régimen político que, tras ser denunciado por las democracias al finalizar la II Guerra Mundial, se había convertido en su aliado y “amigo” en una confluencia de intereses comunes. Con minuciosidad y rigor, y utilizando mucha documentación procedente de los archivos norteamericanos, la autora analiza las posiciones mantenidas por la Presidencia de Gerald Ford con respecto a la evolución interna española en el marco de la propia política exterior estadounidense.

Para ello, la profesora Lemus organiza la obra en tres partes que, aunque tienen su propia identidad, forman un todo perfectamente enlazado. Así, si en una primera sitúa el lugar de España en las relaciones multilaterales norteamericanas, el segundo capítulo plantea las previsiones de Estados Unidos ante lo que ya se denominaba “el hecho biológico” o “las previsiones sucesorias”. La tercera parte se centra en la descolonización del Sáhara, un problema que trascendía las fronteras españolas y en el que Marruecos supo aprovechar muy bien su rol en la zona y la coyuntura de debilidad que vivía España en esos momentos.

Los resultados de la investigación aportada en esta obra nos ayudan a conocer mejor que la Administración norteamericana de principios de la década de los 70 estaba principalmente pendiente de España en tanto lugar estratégico – y necesario por las bases establecidas en su territorio- en el contexto de la aún candente “guerra fría”. Por ello, inicialmente buscaba asegurar la estabilidad y apoyaba una liberalización gradual del sistema político que aproximara nuestro país a los de su entorno geográfico.

Incluso cuando el proceso democratizador esté iniciado, se advierte en Estados Unidos más una supervisión que una intervención, aunque hubiera un directo seguimiento de lo que se decidía en España y los representantes norteamericanos tuvieran “hilo directo” con quienes tuvieron la responsabilidad de ejercer el poder –y la oposición- en el cambio de régimen. Además, en el debate bipolar, los dirigentes de la diplomacia estadounidense temían –aunque

con evidente exageración- el crecimiento de la influencia comunista en la nueva realidad política que se construyese, un temor que se agudizó ante el cariz de los acontecimientos que se desarrollaban en el vecino Portugal. No en balde, la Península Ibérica era una unidad desde la perspectiva del mundo occidental. No se puede obviar que todo ello terminó beneficiando a una alternativa al poder de orientación socialdemócrata que supo capitalizar el sector del Partido Socialista dirigido por Felipe González, también muy apoyado por Willy Brandt y la Internacional Socialista.

En el caso del Sáhara, el capítulo de la obra dedicado a su descolonización, confirma la versión que atribuye a Estados Unidos un apoyo decisivo al rey Hassan II de Marruecos, con la complicidad francesa, en sus deseos de controlar los territorios que habían sido colonia española hasta entonces. Con el dictador moribundo, esta posición empujó al ya debilitado Ejecutivo franquista a unos Acuerdos de Madrid muy favorables a las pretensiones del reino alauita y que condenó a la población saharauí a una vergonzante situación en la que todavía se encuentra.

En definitiva, estamos ante un magnífico libro, un resultado más de una historiografía que ha abierto nuevos caminos para comprender mejor el difícil camino de la transición a la democracia en España.

Lozano, Álvaro. *Mussolini y el fascismo italiano*, Madrid, Marcial Pons, 2012. 616 pp.

Armando Rey.
(UNED)

Álvaro Lozano nacido en Roma en 1967 aunque de nacionalidad española, es el autor del libro “Mussolini y el fascismo italiano”. Licenciado en Derecho y doctor en Historia, ingresó en la carrera diplomática en el año 2001 trabajando en las embajadas de España en Bolivia y Turquía.

Realiza colaboraciones habitualmente en diversas revistas de historia. Su bibliografía está compuesta por las siguientes novelas: Operación Barbarroja. La invasión alemana de Rusia; La Batalla Decisiva (Malabar, 2007); La Guerra Fría (Melusina, 2007); La Alemania Nazi (1933-1945) (Marcial Pons, 2008); El marqués de Villalobar. Labor diplomática (1910-1918) (Ediciones El Viso, 2009); El Holocausto y la cultura de masas (Melusina, 2010); Breve

historia de la Primera Guerra Mundial (Nowtilus, 2011); Mussolini y el Fascismo italiano (Marcial Pons, 2012); Anatomía del Tercer Reich y Stalin (Melusina, 2012); El Tirano rojo (Nowtilus, 2012).

En “Mussolini y el fascismo italiano”, Álvaro Lozano nos ofrece un libro de lectura fácil y amena al tiempo que, de forma esclarecedora, nos muestra la génesis, evolución y desenlace del fenómeno fascista. Lozano, aborda el tema de dos décadas de fascismo en Italia estructurándolo en capítulos temáticos, y siguiendo un orden cronológico. Al final de cada capítulo y de forma harto enriquecedora, el autor nos ofrece una selección de debates historiográficos sobre cada uno de los temas, una especie de “Estado de la cuestión”, bajo el título «El veredicto de los historiadores», para a continuación presentarnos la que es su propia opinión sobre el tema tratado. El libro, además, viene acompañado de una amplia selección de imágenes que nos ayudan a confeccionar un cuadro mental de la época mientras nos dan a conocer diversas facetas del hiperactivo e histriónico personaje central: Benito Mussolini.

En la parte final del libro, encontramos una sucesión de capítulos que nos ofrecen información y datos concretos correspondientes al período. El capítulo trece, nos presenta una detallada y extensísima información bibliográfica agrupada en función de los capítulos del libro, además de una relación de los distintos lugares en los que se puede encontrar material de archivo. Al final del citado capítulo, una reseña de libros, películas, música y prensa.

“A menudo, como señala el historiador John Lukács a propósito del ‘El Gran Gatsby’, una novela nos puede servir como fuente privilegiada y proporcionarnos claves reveladoras de la historia social de un período”. (Página 567).

En el capítulo catorce, encontramos una cronología de acontecimientos que abarcan desde el año 1859 hasta el 1945. El siguiente capítulo, es un glosario de términos y siglas incluyendo también referencias alemanas por la importancia de este mundo, especialmente durante la Segunda Guerra Mundial. En el capítulo dieciséis, una reseña biográfica de algunos de los personajes más destacados del

período. El diecisiete, nos ofrece una amplia e interesante relación de tablas con datos económicos, militares, demográficos, comparativos... Finalmente, en el último capítulo, encontramos un índice onomástico.

En cuanto al libro propiamente dicho podemos decir que, pese a su desarrollo cronológico gira en torno a una serie de preguntas: ¿A qué se debe el rápido ascenso del fascismo italiano?; Mussolini, ¿era un cesar de papel?, ¿era un dictador débil?, ¿cuál fue realmente su papel?; ¿nos encontramos ante un régimen autoritario o bien totalitario?; una vez en el poder, desde 1922, ¿consiguió que Italia se modernizase y prosperase?; ¿cómo era la vida en la Italia fascista?; ¿cómo influyó la Segunda Guerra Mundial en el fascismo?. Para responder a estas preguntas, el autor, realiza un detallado relato de los diversos acontecimientos acaecidos y su influencia sobre el resultado final.

Respecto a la primera de las preguntas: ¿a qué se debe el rápido ascenso del fascismo? Lozano, analiza detalladamente los hechos de la vida de Mussolini antes del fascismo, así como algunos de los sucesos acaecidos durante la época del gobierno liberal los cuales dieron forma y contribuyeron a fomentar la idiosincrasia, al tiempo que conformaban la mentalidad, de una nueva nación, que no pueblo: la italiana.

Entre 1859 y 1870, desde el Piamonte, se da forma a un estado italiano unificado. El nuevo estado nace desmembrado entre norte y sur con un sentimiento nacionalista que no es compartido ni por toda la población ni por todos los territorios. Además la joven nación italiana accede al mundo de las nacionalidades, en plena etapa imperialista y colonial teniendo que competir con países de rancio abolengo. Las aspiraciones italianas chocan con la cruda realidad en la Batalla de Adua el 29 de febrero de 1896, donde el ejército italiano es derrotado por los abisinios. Adua se convertiría en un símbolo de índole negativa para todos los italianos.

“Para muchos italianos no era la idea imperial la que se había desacreditado en la batalla de Adua, sino el sistema liberal en su conjunto por su incapacidad para hacerla realidad”. (Página 23).

Por otro lado se destaca también el fenómeno conocido como “irredentismo”, factor de gran

influencia en la mentalidad italiana conformado por la situación territorial de las provincias italo-parlantes de Trento y Trieste, las cuales continuaban bajo el paraguas del imperio austrohúngaro y que los italianos consideraban que debían formar parte de su propia nación.

De esta manera, los principales objetivos de la política exterior italiana de la era liberal que eran el irredentismo y el imperialismo no fueron logrados, ninguno de ellos, por los sucesivos gobiernos liberales, que se vieron incapaces de dar forma a ambas ideas. A las circunstancias anteriores les añadiríamos la propia dinámica económica del país que profundizaba la división entre italianos del norte e italianos del sur.

En el medio de toda esta vorágine llegamos a 1914 y la Gran Guerra, a ella Italia llega formando parte de la Triple Alianza por intereses políticos pero muchos italianos no se ven aliados con el tradicional enemigo austrohúngaro. El país se divide entre los no belicistas, los que apoyan a las potencias centrales y los que dan su apoyo a los aliados. El resultado es que los nacionalistas, ampliamente apoyados por la prensa italiana, quieren entrar en el conflicto del bando de los aliados y lo consiguen.

En 1915 se firma el Pacto de Londres de manera clandestina, por el que Italia obtendría las zonas de la Italia irredenta, tras la victoria aliada, a costa de Austria, así como determinadas zonas del territorio africano. Los objetivos tan ansiados y nunca conseguidos, por fin, parecían estar al alcance de la mano.

Los aliados con la inclusión italiana en el conflicto buscan abrir un nuevo frente para las potencias centrales. Sin embargo, a lo largo de la guerra el ejército italiano se convertiría en paradigma de ineficacia. El balance de la guerra para Italia fue devastador, tanto en vidas humanas como en pérdidas materiales y económicas. Pero aún quedaba el reparto, los tratados: todavía era posible la victoria. Sin embargo ocurrió algo con lo que los italianos no contaban en 1915; la irrupción de EE.UU. y su presidente, Wilson, con una nueva forma de ver la política y de entender los tratados. Así la victoria aliada no supuso para Italia las recompensas territoriales esperadas. Tras esta nueva decepción una serie de ideas comenzaron a tomar forma en la mente popular: Italia había ganado la guerra a pesar del gobierno italiano;

habían sido engañados por los aliados; era una «vittoria mutilata».

“Italia había comenzado a adquirir lo que se ha denominado condición de perdedor honorífico... Italia había asumido la psicología de una nación derrotada. El mito de la victoria mutilada desempeñaría un papel destacada en el ascenso del fascismo”. (Página 55).

“cuando Italia entró en la guerra en 1915...amplió las divisiones políticas y sociales, socavó el prestigio liberal y sembró las semillas para el crecimiento del fascismo”. (Página 59).

En este punto del libro, Álvaro Lozano, nos ofrece una de las claves para entender el ascenso fascista. Para el autor, el rápido ascenso del movimiento fascista, está íntimamente relacionado con la entrada de Italia en la guerra, pues al ya bien ganado desprestigio del gobierno liberal se sumaba el gravísimo error de haber entrado en un conflicto que no les afectaba a cambio de una serie de contrapartidas que no sólo no fueron conseguidas, sino que ni siquiera fueron reconocidas. Al sentimiento de haber fracasado se sumaba el de haber sido traicionados.

“Las debilidades italianas eran mayores que sus fortalezas en 1914... pero no explican el rápido crecimiento del movimiento fascista... Los partidos de derechas eran prácticamente insignificantes en 1914... la gran amenaza a la estabilidad parecía provenir de la izquierda. Fue necesario el traumático impacto de la guerra y la posguerra para producir el tipo de crisis que provocó la caída del sistema. Sin la guerra, es muy probable, que el sistema parlamentario italiano hubiese sobrevivido y que el país hubiese evolucionado hacia una democracia política moderna”. (Página 60).

Y mientras todo esto sucedía qué pasaba con Mussolini. Cómo influían los distintos acontecimientos en el carácter del futuro Duce. El libro realiza un repaso a la vida de Benito Mussolini, no demasiado extenso, profundizando en los detalles que, en opinión del autor, permiten vislumbrar su evolución.

Entresacando algunos pequeños esbozos de su vida podríamos destacar que; Mussolini proviene de la pequeña burguesía católico-provinciana; su padre era un hombre de izquierdas y Benito le admiraba, su madre, en cambio, era una fervorosa católica; tuvo una infancia estable y ordinaria pero, al igual que Hitler, a lo largo de su vida exageró las privaciones de su juventud; siempre dio mucha importancia a lo físico y la virilidad sexual formó parte de su imagen social.

“Las mujeres eran consideradas presas a las que tomaba de forma casi brutal..., arrastrándolas al suelo con frecuencia y sin quitarse los pantalones o los zapatos. Indiferente a la imagen de sus conquistas (aunque le gustaba que oliesen a sudor)... Después de contraer matrimonio continuó coleccionando amantes”. (Página 93).

Estableció su residencia en Suiza por varias veces. La última de ellas fue expulsado por agitador; en una de las ocasiones lo hizo para huir del servicio militar. Tras una amnistía, volvió a Italia y se alistó en el ejército ganándose la reputación de revolucionario.

En 1909 comienza a dar sus pasos en el mundo de la prensa escrita. Ese mismo año acepta el puesto de subdirector del Popolo, propiedad del patriota italiano Cesare Battisti.

“Este (Cesare Battisti) le enseñó los pormenores de la dirección de un diario (incluso como se inventaba una noticia sin despertar incredulidad)”. (Página 73).

A los veintisiete años dirige un semanario socialista “Lucha de clases”. En su despacho tenía colgado un retrato de Marx. Con el estallido de la guerra abogó por la neutralidad (era representante de un partido antimilitarista e internacionalista). Varios meses más tarde, al quedar patente que las clases trabajadoras internacionales se reunían en torno a las banderas nacionales, comenzó a preparar el cambio de posición.

En 1914 inicia un nuevo periódico “Il Popolo d’Italia”. Ese mismo año, en diciembre se crean los fascisti. A ellos se unió Mussolini. Tras la guerra, ya desde su tribuna periodística, explotó plenamente la idea de “victoria mutilada”.

“Deseaba crear un partido de nuevo cuño que fuese una mezcla de ideas del

socialismo, del nacionalismo, del internacionalismo y del anticlericalismo. Necesitaba los lemas anticapitalistas para crear una base amplia entre las masas y los soldados desmovilizados y desilusionado con la guerra, pero también precisaba de ideas antisocialistas para lograr el apoyo financiero de las clases favorecidas”. (Página 89).

“El programa fascista..., tomaba elementos de la derecha y la izquierda... De la izquierda, la jornada laboral de ocho horas, el salario mínimo y algún tipo de seguridad social junto con impuestos al capital... De la derecha su retórica patriótica y nacionalista, sus ataques a la victoria mutilada y el rechazo total al Partido Socialista Italiano... Se trataba de un programa inconsistente, pero estaba destinado a atraer tanto a los intervencionistas de izquierda de 1915, como a los antiguos combatientes, en particular a los arditi”. (Página 108).

Las opiniones sobre el Duce son muy variadas y diversas yendo desde la más sublime admiración, hasta el más abyecto desprecio. Para Lozano, desde una posición ecléctica: Mussolini poseía un carácter complejo y contradictorio. Podía ser indeciso, encantador, generoso y brutal. También podía ser frío y calculador. Sin embargo no era un César de Serrín; su régimen no resultó en modo alguno anecdótico y Mussolini no fue el bufón representado en numerosas obras.

Pero la toma del poder por parte del fascismo se concreta en 1922. Qué ocurrió, por tanto, desde 1919 hasta ese suceso ¿Qué hechos marcaron la vida política italiana de ese período? ¿Cómo se produjo el ascenso de Mussolini hasta ser el fascista supremo?

El fascismo nace como un movimiento urbano. A finales de 1919 sus miembros no son más de mil. Además tenían que combatir con el recientemente fundado PPI (Partido Popular Italiano), partido católico apoyado por el Vaticano y con amplias bases en el rural. La baza más destacada de Mussolini era el periódico Il Popolo d’Italia. En 1920 Mussolini todavía se consideraba socialista aunque disidente. Sin embargo, a lo largo de ese mismo año abandonará los elementos izquierdistas más destacados del programa fascista.

“El período desde el final de la guerra hasta finales de 1920 es denominado en la historiografía italiana “el bienio rosso”. Se ha debatido mucho sobre si las circunstancias existentes en Italia en esos momentos eran similares a las que existían antes de la Revolución rusa y por qué de la crisis emergió el fascismo italiano en lugar de una nueva Unión Soviética a orillas del Mediterráneo”. (Páginas 112 y 113).

El socialismo italiano estaba dividido entre reformistas y extrema izquierda y, en toda Europa existía el temor de las clases medias hacía la izquierda extrema. El fascismo podía ser reaccionario o revolucionario, adaptarse a la guerra de clases o a la cooperación de clases; su falta de concreción ideológica le permitía ser camaleónico. Los fascistas adoptarían el papel de matones para las clases privilegiadas. Sus escuadrones conseguían restablecer la “ley y el orden”. Sin embargo, no se debe olvidar que el fascismo no triunfaba en toda Italia.

“Para algunos de sus miembros, el fascismo y, en particular, el squadrismo ofrecían un sentimiento de camaradería e ilusión... Para los más implicados, representaba una continuación de la guerra en tiempo de paz, una suerte de guerra en la que los austriacos eran reemplazados por los traidores socialistas y liberales... Para un gran número de personas, el fascismo prometía el derrocamiento de la desgastada clase política liberal, que sería reemplazada por una nueva elite, en gran parte de clase media”. (Página 120).

Desde finales del 21, los esfuerzos de Mussolini se dirigen a hacer del fascismo algo respetable. Comienza a preocuparle que el exceso de violencia provocase el recelo de los conservadores. Para ello tendría que enfrentarse con muchos ras (jefes locales) de su partido. Practicó una política dual en la que animaba a los escuadrones sugiriendo que estaba de acuerdo con sus planes para tomar el poder. Sin embargo, al dirigirse a los conservadores se mostraba disgustado por los excesos de la violencia fascista.

Un hecho sorprendente y que facilitó el camino del fascismo fue que el, Rey Victor Manuel III,

se convirtió en un admirador del mismo, lo cual sería muy útil para el fascismo pues era el comandante el jefe de las fuerzas armadas.

Tras ser nombrado diputado, el Mussolini, republicano y anticlerical se volvió monárquico al tiempo que apoyaba iniciativas en el Parlamento para ayudar para los colegios católicos. Además accede a firmar un pacto con los socialistas para poner fin al terror de los escuadrones, lo que provocará un motín de destacados ras.

“Resultaba evidente que el fascismo prosperaba en la inseguridad que se abatía sobre el país. Era preciso fomentar el desorden, pero no hasta el punto de provocar una repulsa generalizada en el país. Era preciso calcular el punto justo”. (Página 125).

A finales de julio del 22, los sindicatos socialistas convocan una huelga. Mussolini la aprovecharía hábilmente para demostrar que la izquierda seguía siendo una amenaza y que únicamente el fascismo podría hacerle frente. Los fascistas se hicieron con el control del transporte público y se aseguraron de que el servicio postal siguiese funcionando. Fue un fracaso para la izquierda y una demostración para la clase media conservadora de que se podía confiar en los fascistas.

En octubre del 22 se produce el asalto al poder por parte de los fascistas, organizado por los ras, Mussolini no estaba excesivamente convencido del resultado. Lo cierto es que por circunstancias (el fascismo, en torno a la marcha sobre Roma, construiría mitos de lucha y sacrificio que en realidad no existieron) diversas el golpe triunfó y Mussolini fue nombrado primer ministro de Italia el 30 de octubre del 22.

Hábilmente, el Duce no se rodeó de fascistas en su primer gobierno consiguiendo que para muchos italianos la marcha sobre Roma no supusiera una ruptura definitiva con lo establecido.

“Mussolini tenía una apreciación realista de las limitaciones del poder fascista. Era consciente de que un Gobierno enteramente fascista no resultaba todavía posible... la mayor parte de los parlamentarios siguió creyendo, al menos hasta finales de 1924, que Mussolini llegaría a ser un político tradicional y que

s movimiento podría encontrar acomodo en el sistema..., cuando se dieron cuenta de su error, ya se había establecido la dictadura, el Parlamento era irrelevante y la oposición abierta muy arriesgada”. (Página 133).

Las causas, una vez vistos los hechos, del ascenso fascista, son, como siempre, subjetivas y de muy diversa interpretación: para la izquierda, el fascismo fue el resultado del fracaso total del nuevo Estado italiano; para otros una reacción al rápido auge del socialismo; para sociólogos y antropólogos, resultado de la irrupción en el escenario político de las denominadas masas amorfas.

Veamos, sin embargo, como en unas pocas líneas, Lozano nos hace una perfecta descripción clara y sucinta sobre la toma de poder por los fascistas con Benito Mussolini a la cabeza.

“A pesar de las debilidades de la Italia liberal, resulta dudoso que Mussolini hubiese podido alcanzar el poder sin la connivencia de los políticos y los errores de otros partidos. Se benefició tanto de las debilidades del sistema político italiano como de sus propios esfuerzos. Los gobiernos italianos le sirvieron de ayuda gracias a su incapacidad manifiesta de aplicar la ley, restaurar el orden público y adoptar medidas contra la violencia fascista. La policía y las fuerzas del orden a menudo colaboraron con los fascistas o se mantuvieron al margen. Las autoridades italianas esperaban utilizar a Mussolini para aplastar a la izquierda, y consideraban que el comunismo era un peligro mucho mayor que el fascismo, movimiento cuyas implicaciones no alcanzaban a comprender. Fue un error que tendría profundas consecuencias para la historia de Italia”. (Página 157).

Otro punto, en el que el libro se centra es en el de la definición del fascismo italiano como régimen autoritario o bien totalitario. Ante este dilema, Álvaro Lozano, nos hace ver que no es lo mismo lo que los fascistas querían que lo que consiguieron. Pues el fascismo, para los fascistas, es, o debe ser, totalitario, y la concepción fascista de la vida enfatiza la importancia del Estado aceptando al individuo siempre que sus intereses coincidan con los del Estado.

Al revés que otros movimientos que nacen y crecen en el imaginario individual o colectivo de las personas para después alcanzar el poder, el fascismo nace sin consistencia intelectual, será únicamente establecido y consolidado cuando intentará establecer una base ideológica más sustancial.

El filosofo del régimen Giovanni Gentile intento, en 1925, reunir a más de doscientos intelectuales para demostrar que el fascismo y la cultura no eran opuestos. A principios de mayo llegó la respuesta de los intelectuales antifascistas preparado por Benedetto Croce y firmado por una gran cantidad de intelectuales y artistas. Se criticaban y ridiculizaban las ideas de Gentile además de declarar fascismo y cultura incompatibles.

“El fracaso del régimen para ganarse el apoyo ideológico generalizado de los intelectuales fue una fuente constante de debilidad”. (Página 162).

Desde diciembre de 1925, Mussolini dispone de plenos poderes y toma diversas medidas para afianzarlo aún más: reducción del electorado excluyendo a la mayor parte de las clases trabajadoras; en enero de 1939 desaparece el Parlamento reemplazado por la Cámara de Fasces y Corporaciones; purga de jueces; pérdida de imparcialidad judicial; culto al Duce con sacralización de su vida y actos: el ducismo. Resumiendo, a la pregunta de si estamos ante un estado totalitario o bien autoritario, no cabe duda de que tanto el Duce como los fascistas, aspiraban y deseaban tener un estado totalitario. Pero la realidad es que no lo consiguieron. Nunca dispusieron de un control total del país, ni del apoyo general de los intelectuales, ni de la colaboración total de la Iglesia. Basta con destacar un hecho, en comparación con el régimen, este sí totalitario, de los nazis y Hitler.

“Durante la guerra, Hitler también logró mantener el poder, incluso cuando era evidente que Alemania no ganaría la guerra. En Italia sucedió lo contrario: la influencia fascista disminuyó con cada derrota. (Página 207).

Destacando otro párrafo de Álvaro Lozano.

“No se puede afirmar, por lo tanto, que Mussolini fuera un dictador débil. Sin

embargo, la relativa facilidad con la que fue cesado en julio de 1943 ilustra bien los límites de su poder. Al final, la autoridad del Duce dependía del consenso y de su éxito, y, cuando el apoyo popular desapareció, tanto el Gran Consejo como el Rey conservaban el poder suficiente para deshacerse de él". (Página 196).

Las instituciones fascistas apenas sustituyeron al Estado fuerte que Mussolini se encargó de mantener (a diferencia de lo que sucedió en la Alemania, donde las organizaciones paralelas del partido nazi, se impusieron al Estado, compuesto por las autoridades legalmente constituidas y el funcionariado tradicional). La aparente solidez del régimen fascista se hundió por los efectos de la participación italiana en la Segunda Guerra Mundial, hasta el punto de que bastó la destitución de Mussolini por parte del rey Víctor Manuel III para acabar con veintidós años de fascismo en el poder.

El fascismo una vez en el poder, se encontró con los mismos problemas que cualquier otro tipo de gobierno; una cosa es remover y otra gobernar. El régimen fue muy hábil a la hora de anunciar sus éxitos y esconder sus fracasos (algo muy corriente incluso entre las democracias más consolidadas). Sus mejoras y retrocesos compartieron la dinámica europea de la década de los veinte y de los treinta, aunque quizás no aprovecharon al máximo las épocas de bonanza. Mussolini afirmaba que la prosperidad no era uno de sus objetivos prioritarios, lo realmente importante era la fuerza de la nación (también es probable que sí el progreso económico fuera espectacular afirmará lo contrario), Italia tenía que estar en un estado permanente de guerra.

La principal aportación fascista al mundo de la economía consistió en crear un "Estado corporativo". Las decisiones económicas tenían que ser tomadas por el Estado y puestas en práctica por órganos mixtos (corporativos) de empresarios y trabajadores. Se crearían corporaciones para cada sector de la industria y cada una de ellas organizaría la producción, pagaría y establecería las condiciones laborales. El movimiento corporativista italiano acabó por trasladarse, ser admirado (Juan Domingo Perón fue uno de sus admiradores) y ser copiado por otros regímenes del mundo.

El resultado, como era de esperar, fueron redes endémicas de clientelismo, descontento y

corrupción. Los italianos con humor describían las diferencias entre los diversos sistemas políticos.

"Capitalismo: Tienes dos vacas. Vendes una y te compras un toro.

Comunismo: Tienes dos vacas. El Gobierno se las queda y te da leche.

Nazismo: Tienes dos vacas. El Gobierno se las queda y te fusila.

Socialismo: Tienes dos vacas. El Gobierno se queda con una y se la da a tu vecino.

Fascismo: Tienes dos vacas. El Gobierno se las queda y te vende la leche". (Página 240).

Como conclusión podemos decir que el fascismo en materia económica, si bien no consiguió una prosperidad y crecimientos plenos, si tuvo sus éxitos concretos especialmente en lo que se refiere a infraestructuras (lo cual es lógico teniendo en cuenta que el objetivo era preparar el país para la guerra).

En el aspecto social, el régimen fascista era represivo, manipulador e invasivo. Sin embargo, su coincidencia en el tiempo con otros regímenes como el nazismo o el estalinismo, lo convirtieron en "benévolo". Entre 1927 y 1940 nueve personas fueron ejecutadas, lo que comparado con los otros dos regímenes citados, hace del fascismo un movimiento casi caritativo. Una modalidad de castigo muy utilizada por el fascismo fue la del "confinamiento" por el que los acusados eran enviados a localidades aisladas de donde no se les permitía salir: podían estar en libertad, no estaban obligados a trabajar y podían vivir con sus familias.

La principal baza del fascismo para dominar la nación fue la del culto al duce, hábilmente dirigido y manipulado desde el propio régimen. Sin embargo, el pueblo italiano nunca se entregó en cuerpo y alma al fascismo ni a Mussolini por lo que la popularidad de este fluctuó con los acontecimientos hasta volverse casi nula a finales de la década de 1930 por la impopularidad de su alianza con Alemania.

La parte final de libro gira en torno a la política exterior del estado italiano durante el período de gobierno del Duce. Sus ambiciones y su interés en no quedar aislado del escenario internacional le llevarían a apoyar al bando franquista en la Guerra Civil española, a realizar una alianza con

la Alemania nazi o a embarcarse en una guerra africana contra Etiopía.

Italia no estaba preparada para la Segunda Guerra Mundial como quedó demostrado en la campaña griega, en el norte de África y en el frente del este. Toda la popularidad de Mussolini se vino abajo en unos pocos años y con la invasión aliada de la península italiana se produciría su caída junto con la del movimiento fascista. Una caída sorprendente, por otra parte, debido a la facilidad y celeridad con que se produjo.

Su última etapa como gobernante de la República de Saló en el norte de Italia, con el apoyo de las fuerzas nazis, nos muestra a un muñeco roto, un títere de Hitler, que ante la nueva proximidad de las tropas aliadas, ahora con apoyo italiano, no dudará en volver a huir esta vez sin conseguirlo, lo que dará lugar a su ignominioso final.

Por último y a modo de compendio del libro: ¿cuál sería el balance de un movimiento que alcanzó grandes cotas de poder y se mantuvo en el mismo durante casi dos décadas? Probablemente, como en todas las cosas de la vida, ni todo es blanco ni todo es negro; pero sí tenemos en cuenta las grandes aspiraciones exteriores, la búsqueda de la completa asimilación de Italia y el fascismo y la idea económica encaminada a la guerra. Podemos concluir, sin ningún género de dudas, que el fascismo italiano y con él la figura del Duce fracasaron en toda regla, sin ningún tipo de paliativos, pues pese a la amplia maquinaria de propaganda y a la supresión de poder de determinadas instituciones, el fascismo nunca logró el reconocimiento de toda la población italiana ni el control total de los mecanismos institucionales.

En lo que respecta a su política exterior y su afán belicista, podemos también concluir que el fascismo no logró sus objetivos, ya que una economía planificada por y para la guerra, no consiguió hacer de Italia una nación medianamente competitiva en el marco bélico de la Segunda Guerra Mundial, convirtiéndose en un auténtico fiasco desde el principio hasta el fin.

Pero, también nos podemos hacer las preguntas desde otro punto de vista. Porque sí bien es cierto y manifiesto que el fascismo y Mussolini

no lograron sus objetivos (prueba palpable de ello es la foto de la página 507 del libro), habría que preguntarse qué parte de ese fracaso corresponde a los propios fascistas y que parte corresponde al pueblo italiano. Acaso el fracaso de unos no se puede considerar el éxito de los otros. ¿Habría triunfado el nazismo en Italia? ¿Habría triunfado el fascismo en Alemania?

Olmo Oliver, Pedro (coord.), *El siglo de los castigos. Prisión y formas carcelarias en la España del siglo XX*, Anthropos/ Observatori del Sistema Penal i els Drets Humans de la Universitat de Barcelona, 2013, 414 p

Damián A. González Madrid.
(Universidad de Castilla La Mancha)

Esta sugerente propuesta colectiva sobre “el encierro en el siglo XX y en la historia del presente” nace del esfuerzo colectivo desarrollado en el seno del Grupo de Estudio sobre la Historia de la Prisión y las Instituciones Punitivas (GEHPIP; <http://historiadelaiprision.wordpress.com/>).

Instalado académicamente en la Universidad de Castilla – La Mancha, su coordinador e impulsor, el profesor Pedro Oliver Olmo, ha sabido reunir a un buen puñado de reconocidos especialistas en historia de las prácticas y las instituciones punitivas contemporáneas para conformar una estructura colaborativa única en su especialidad en España. De su buen hacer colectivo y extraordinario futuro da buena cuenta este libro.

Junto a la nómina de historiadores miembros del GEHPIP que acompañan al coordinador de la obra, merece la pena destacar la incorporación a este proyecto editorial de un nutrido número de investigadores procedentes de las ciencias sociales y penales, en lo que pretende ser una demostración del “pluralismo teórico que inspira este libro” y la vocación interdisciplinar del grupo. Así pues y a la conceptualización historiográfica que domina el texto, hay que sumar la sociológica, antropológica y jurídica. Pero como bien se explica en la introducción, todas ellas convergen en lo que es el marco teórico común que atraviesa y vertebrata todo el trabajo: una “conceptualización amplia del castigo” y de las “instituciones de encierro” que resulta de lo más estimulante. Con una estructura coherente, y sin vacíos comprometedores, el volumen destaca además